

SÚPLICA

Ojalá pudiéramos decir, como ciertas renombradas publicaciones, que «es tanto el exceso de original, etc...» Nuestra súplica va dirigida por la vertiente opuesta. Pedimos original, mucho original con que cubrir nuestras escaseces de esta elemental materia. No olvidéis que esta revista es de todos. Y entre todos no es difícil que haya quien pueda o tenga necesidad de decir algo importante que pugne por exteriorizarse, dentro, claro es, de una inexcusable corrección de forma.

No es un ruego; es una súplica. Carecemos de original, y esperamos de muchos de vosotros que nos leáis la aportación de vuestra inteligencia y de vuestra voluntad. Nada más, pero tampoco nada menos.



“DEMOCRACIAS MODESTAS”

Quando S. E. Chuki hubo abandonado la Sala del Consejo, un silencio malhumorado planeó como un platillo volante sobre el pleno del Gabinete.

—Con este hombre —murmuró de allí a poco S. E. Surupi, ministro de los Cuartos—, el país es cualquier cosa menos una democracia. Democracia significa oposición, y aquí no nos oponemos a nada. Estoy asqueado.

—Es verdad; opongámonos —apoyó S. E. Bupi—. De ahora en adelante nos opondremos a todo lo que proponga el Presidente. Así verá que no nos dejamos manejar como marionetas.

—¿Como qué? —preguntó extrañado S. E. el general Katmandú, ministro de Incidentes Fronterizos, que era como en el Gobierno del Turubustán se denominaba a la guerra intermitente que se sostenía con la vecina Nekorania, y, por extensión, al Ministro correspondiente.

—Como marionetas —repitió S. Excelente Bupi—. No sé lo que es, pero lo

he leído en un «New York Times» atrasadado. Debe tratarse de alguna cosa fea.

—Está decidido; nos opondremos —dijo S. E. Surupi—, el progresista del Gabinete

—¿A qué? —preguntó S. E. Futi—, ministro de Camellos y Corderos.

—A lo que sea. De ahora en adelante hay que oponerse por sistema a cualquier pretensión de S. E. Chuki.

—¿Aunque proponga que nos concedamos una paga extraordinaria sin descuentos? —preguntó cándida y apesadumbradamente S. E. Katmandú—, que siempre estaba pensando en las pagas extraordinarias.

—Aun a eso —opinó heroicamente S. E. Surupi, al que no le hacía ninguna falta el dinero, porque para algo era ministro de los Cuartos y de Negocios Monopolísticos—. Y si es necesario, dimitiremos en Inglaterra, cuando un ministro o varios ministros no están de acuerdo con la política del «premier», dimiten y le hacen un pie agua.

—Pero usted sabe muy bien —se opuso S. E. Katmandú—, que nosotros no queremos dimitir. En una ocasión le dije a mi mujer que no me ilusionaba demasiado esto de ser ministro, por aquello de que a lo mejor el Presidente nos convoca un día que no me toca afeitarme... A mí me hace polvo afeitarme dos días seguidos, ¿saben ustedes? Tengo una barba muy mala, y...

—Está bien, Katmandú; adelante —le interrumpieron sus colegas—.

—Y mi mujer me dijo que ella ya se había acostumbrado a ser ministra y que no estaba dispuesta a que ninguna generala ni coronela le alzara el gallo en los tés con buñuelos de Palacio. Parece ser que en alguna ocasión la generala Bufriwha le quiso tomar un buñuelo particularmente apetitoso, y que mi esposa tuvo que hacer valer su superioridad jerárquica para poder comérselo.

—Pues entonces no nos queda más remedio —opinó S. E. Surupi— que dar un golpe de Estado. Para ello, aquí el colega Si Katmandú deberá hacerse acompañar por un cabo y cuatro números y detener al Presidente.

—¿Quién, yo? —se extrañó el general ministro de Incidentes Fronterizos—. ¡Quite, hombre! ¡Para que me dé una torta como la que me dió una vez que discutimos acerca de quién debía llevar más entorchados en el uniforme! ¡Ni hablar! O me le entregan atado, o yo no pongo la mano sobre ese hombre. Es una fiera, aunque le vean tan delgadito...

Y he aquí, señores, por qué fracasó en el Turubustán una conspiración ministerial para acabar con el omnímodo poder de S. E. Chuki. De todos modos, las intemperancias del Presidente del Consejo estaban contribuyendo considerablemente a enrarecer el ambiente político de la joven República del Oriente Intermedio. A falta de las chuletas de cordero y del «cús-cús», que escusaban extraordinariamente, se masticaba por doquier la inminencia de una explosión revolucionaria...—PEPE PE.

LA JARA, MOTIVO LITERARIO

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Tiene razón el profesor y novelista Félix Urabayen cuando, hace ya muchos años, decla en uno de sus cuentos —«El caballero del verde gabán»— que era La Jara, verdadera cenicienta en cuanto inspiradora de nuestros insignes comediógrafos. Se lamentaba de este olvido y, sin duda, para intentar su remedio pergeñó su fantasta, claro ingenio y fácil pluma, a lo clásico, un cuentecillo que unido a otros varios publicó bajo el título «Vidas difícilmente ejemplares».

La acción se desarrolla en Belvis de la Jara, capital de la comarca, lo que da ocasión al autor para describir con pinceladas rápidas, algunas muy ciertas, los pueblos jareños y el ambiente, un tanto novelado de Belvis, con su Ayuntamiento, Casino y tertulias, en donde se mueve con soltura el protagonista, el magnífico Don Diego Hinojar de Falero, el caballero del verde gabán, donjuanescos personajes que cubre con ropas de fantasía el real de Don Manuel Farelo Vázquez, secretario que fué del Ayuntamiento de Belvis, y luego, muchos años, interventor en el de Toledo.

Era Don Manuel un prototipo fin de siglo, amigo del buen libro, de la mejor mesa, de la charla reposada en el café. En su ya desaparecida tertulia conoció a Urabayen y éste se familiarizó con La Jara y sobre todo con Belvis.

Hombre, Farelo, de gran memoria, de palabra fácil, grandilocuente, llena, con su gruesa humildad y gestos expresivos, el diván de «El Español», en donde todas las tardes se reunían.

Era por entonces Belvis, en el primer cuarto de siglo, el pueblo más interesante y próspero de La Jara. En el medio labriego se movía un grupo selecto de funcionarios que daba tono a ese ambiente campesino, y dinamismo y brillo a su rutinaria sociedad. Algunos de ellos se perfilan en el cuento de Urabayen con felices trazos. Así Don Filadelfo Chico en el veterano farmacéutico al que Farelo se siente capaz de dar codillo, el médico que está considerado como el primer ingenio de Belvis, que no es otro que Don Francisco López Paredes que lo fué, con general aplauso, más de cuarenta años; el veterinario, con el que habitualmente reanuda su pugilato de chistes, es Don Federico Jiménez Recio, famoso por la galanura en el decir.

¡Felices tiempos aquéllos del Belvis patriarcal del tresillo y de los sosegados paseos por la carretera de Talavera, tomando el tibio sol de Enero, que sorprendía Urabayen!

Las posibilidades literarias de La Jara no han sido, ni con mucho, agotadas por la exigua y graciosa narración que se comenta.

La Mancha, La Sagra, Los Montes de Toledo, El Campo de Arañuelo toledano, han tenido su cantor literario o musical; La Jara, por sus variados paisajes, la recia personalidad de sus gentes, la rústica y noble sencillez de las costumbres, por su dolor campesino y el estocismo de su humilde pretérito, merece el suyo.